

LAS LLAVES DEL ESPANTAPÁJAROS

M. Simonson & R. M. Gilete



LEGENDARIA

Literatura fantástica

Las llaves del espantapájaros
M. SIMONSON & R. M. GILETE



LEGENDARIA
EDICIONES

www.legendariaediciones.com

© 2023 Martín Simonson y Raúl Montero Gilete
© 2023 Legendaria Ediciones (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
Covadonga, 8
33002 Oviedo-Asturias (España)
info@legendariaediciones.com

1ª edición: octubre, 2023

ISBN (edición impresa): 978-84-10037-01-4

ISBN (edición digital): 978-84-10037-02-1

Depósito Legal: AS 02122-2023

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CAPÍTULO I

UNA TRASTADA PELIGROSA

Todo comenzó con la tormenta y a mí también me habría gustado empezar este libro con ella, pero no puede ser. El escriba me dice que, si queremos que alguien comprenda bien esta historia, tenemos que empezar desde el principio del principio. Es decir, desde incluso antes de la Tormenta.

Bien. Antes de la Tormenta vivía con el Doctor Magol, el Cocinero Herbert y el Mago Delirius en el Castillo de Grim, en medio del Bosque. Yo, eso quiere decir Mirluc y ahora tengo doce años, pero cuando todo esto ocurrió tenía todavía once. Y por si no os lo he dicho antes, el Castillo en el que vivía era del Doctor. Se llamaba el Castillo de Grim porque el nombre de la persona que lo construyó era Golgrim. El Doctor dice que fue un gran mago. No sé si esto es verdad o no, pero lo que sí sé es que el jardín del Castillo estaba lleno de los manzanos de Golgrim, y aquellos manzanos no eran unos árboles cualesquiera. Al contrario, eran manzanos que daban manzanas encantadas. El bueno del Doctor se ganaba la vida haciendo un elixir con el zumo de las manzanas y luego lo vendía a los Héroes cuando tenían que ir a las Montañas, porque el elixir les protegía del fuego de los dragones.

Y ahora viene lo de la tormenta. Os contaré cómo fue: al principio sopló un viento infernal, luego aparecieron los relámpagos y después empezó a llover. ¡Y qué lluvia! Llovió tanto que se perdió toda la cosecha de manzanas encantadas. El Doctor Magol se enfadó un poco, claro, porque sin las manzanas encantadas no podía elaborar el elixir que los Héroes necesitaban para ir a las Montañas a cazar dragones y esas cosas. A decir verdad, el Doctor no se enfadó sólo un poco. Se puso furioso. Lo cierto es que no era difícil comprender por qué estaba tan molesto. Faltaban sólo siete días para que comenzara la temporada de caza de dragones y los Héroes vendrían muy pronto de todos los rincones del Bosque a solicitar sus raciones de elixir. Y allí estaba el Doctor, sin nada. Con lo cual, este año parecía que no habría caza, y eso, a su vez, significaba que los dragones podrían sobrevolar el Bosque libremente, y lanzar su fuego sobre casas, animales, granjeros, la huerta de Herbert, incluso el Castillo de Grim... Fue por eso

por lo que el Doctor estaba tan enfadado. Y como el Doctor me echaba la culpa de la cosecha perdida a mí, subí todas las escaleras de la torre más alta del Castillo y me escondí detrás de un gran baúl, en el fondo del estudio del mago Delirius.

El caso es que el Doctor tiene una máquina muy ingeniosa en el tejado del Castillo. Es una máquina de tiempo, y como faltaba poco para la cosecha, el Doctor había puesto la palanca en la posición de «Sol». Hasta ahí todo iba bien. La máquina mandaba sus vibraciones de buen tiempo a los alrededores del Castillo, el sol brillaba con fuerza, las manzanas crecían y poco a poco iban cambiando de tono hasta alcanzar ese color rojizo que significa que están maduras. El Doctor estaba la mar de contento.

Entonces, la maldita mañana de la tormenta, oí decir al Doctor que había invitado a mi tía Nubarrona para tomar un té en el Castillo. Y si queréis saber la verdad, no aguanto a la tía Nubarrona. Es una bruja. Y no lo digo para hablar mal de ella; no, lo que quiero decir es que mi tía Nubarrona es una bruja de verdad. Pero me estoy liando. Lo que realmente quiero decir es que hay muchas razones, aparte de ser bruja, para que la tía Nubarrona no me caiga demasiado bien. Lo que más me molesta de ella es que convirtió a mis padres en árboles. Sí, habéis leído bien: ¡en árboles! Mi madre fue convertida en un gran castaño, mientras que mi padre se transformó en una higuera. Y para colmo, en nuestro propio jardín. De vez en cuando, el Doctor Magol y yo íbamos a visitarlos. No podían hablar, claro, pero estoy seguro de que me oían, porque las hojas siempre se movían muchísimo cuando les contaba todas las trastadas que había hecho en el Castillo.

Supongo que ahora me preguntaréis cómo puedo saber que fue mi tía la que les convirtió en árboles. La respuesta es que simplemente lo sé. El caso es que a la tía Nubarrona no le hacía ni pizca de gracia que mi padre fuese el centro de atención de todo el mundo, siendo un Héroe tan famoso y todo eso. Y cuando desapareció mi primo Lorenduc, es decir, el hijo de la tía Nubarrona, ella tuvo la excusa perfecta para enfadarse con mi padre y le dijo que se había marchado por su culpa. Yo no estoy de acuerdo, pues sé que mi padre jamás haría nada malo a mi primo, pero a lo mejor la tía Nubarrona tenía razón cuando le echó en cara eso de que Lorenduc había ido en busca de aventuras por culpa de las historias de mi padre. Lo cierto es que a

mi primo le encantaba oírle hablar de sus hazañas, y un verano construyó una canoa a escondidas. Yo ayudé un poco, pero os prometo que mi padre no sabía nada. Y tan sólo unos días después de cumplir trece años, mi primo Lorenduc echó la canoa al agua y zarpó río arriba, hacia las Montañas. Mi primo me preguntó si quería acompañarle, pero le dije que no. Según el dicho, «Las Montañas son peligrosas y fastidiosas, y para la salud, desastrosas». En fin, no es que sea cobarde, pero mi primo me saca seis años, y además es muy valiente.

Así que, cuando Lorenduc desapareció de aquella manera, todo el mundo comentaba que con el padre que tenía, no era de extrañar. Lo decían porque mi tío Ducorlaf, el padre de mi primo que también se había esfumado unos años antes, era un Héroe que supuestamente se había vuelto loco por beber zargush y dedicar demasiado tiempo a la poesía. Antes de zarpar con la canoa, mi primo había dejado una carta a la tía Nubarrona en la que escribió que se marchaba a las Montañas en busca de aventuras, y que volvería pronto. Pero no regresó. Fue entonces cuando la tía Nubarrona se enfadó tanto con mi padre, y un par de semanas más tarde, él y mi madre fueron convertidos en árboles... ¡Qué casualidad! Ahora bien, la razón por la que digo que fue la tía Nubarrona es que sabía muy bien que mi padre odiaba tanto el olor como el sabor de los higos.

Pero me estoy liando. El caso es que, como iba diciendo, una mañana de sol radiante, el Doctor Magol invitó a la tía Nubarrona a tomar el té, y cuando me enteré de que venía me puse tan nervioso que fui directamente al tejado del Castillo para poner la palanca de la máquina de tiempo en posición de «Tormenta». Lo hice porque sabía perfectamente que mi tía no saldría de su casa si el día amenazaba lluvia, pues la muy tonta está convencida de que el agua la empequeñece. No me preguntéis el porqué. Total, que tiré de la palanca, pulsé un par de botones y ¡Plaf! ¡Bum! ¡Zas! De repente aparecieron unas nubes muy oscuras, y poco después la lluvia empezó a caer. Al principio estaba contento con lo que había conseguido, pero al poco rato me di cuenta de que estaba lloviendo con tanta fuerza que las manzanas empezaron a caer de las ramas. El Doctor Magol salió corriendo al jardín para salvar las manzanas, pero sólo consiguió llenar medio

saco; las demás ya habían caído al suelo. Y es que las manzanas encantadas nunca deben tocar el suelo, porque si lo hacen, la tierra roba su magia y ya no sirven para hacer el elixir.

Fue entonces cuando supe que había hecho una trastada peligrosa, y decidí esconderme en la torre.

Entré en el estudio de Delirius y me oculté detrás de un gran baúl, como ya os he contado. Después me envolví en una vieja y polvorienta capa. Se trataba de una de las capas de oficio de Delirius y estaba bordada con lunas y estrellas y otros detalles ridículos que sólo magos de segunda clase consideran elegantes, y no la habría ni tocado si no fuera porque Delirius me había asegurado que era capaz de hacer invisible hasta a un ciervúfalo. No es que confiase demasiado en Delirius, porque sus fórmulas mágicas no le salían bien casi nunca, pero tampoco tenía ninguna gana de que alguien me descubriese. Así que me envolví bien en la capa y luego me puse a leer un libro que había por ahí. Era una de las típicas novelas rosas que el mago siempre solía leer por las noches en su sillón favorito. Esas novelas son extremadamente malas, pero en aquel momento no me importó; necesitaba matar el tiempo hasta que las cosas estuvieran un poco más tranquilas. Iba por la mitad del primer capítulo cuando, de repente, la torre entera se puso a temblar. Dejé caer el libro al suelo y levanté el extremo bordado de la capa, y entonces vi una cosa muy extraña.

Una figura gigantesca y peluda, con un gran casco lleno de antenas torcidas en la cabeza, estaba entrando por uno de los grandes ventanales. Y agarraos bien ahora, porque aquella peluda figura era un trol. ¡Un trol de verdad! Mi padre me había contado tantas historias espeluznantes sobre troles que casi me desmayo al verlo. A ver si me entendéis; no es que sea cobarde, pero la verdad es que los troles son peligrosos y comen cualquier cosa, especialmente niños. Lo que no terminaba de comprender era cómo había conseguido llegar hasta el ventanal, porque la torre es alta y se supone que los troles son tremendamente patosos a la hora de trepar. Total, que ahí estaba yo, completamente solo en el oscuro estudio de Delirius y con la única esperanza de salvarme puesta en la magia de la capa. Desafortunadamente, el trol me descubrió nada más entrar en la torre.

—¿Quién se esconde ahí debajo? —rugió con una voz que sonaba casi como el trueno.

–Nadie –susurré. Era una estupidez, claro. Si no había nadie, tampoco nadie podría contestar. Pero hice como si no hubiera pasado nada y me quedé callado un buen rato. Entonces el trol levantó la capa de las estrellas y las lunas, y me dijo:

–¿Dónde estoy, pequeñajo?

A lo que contesté, sin atreverme a mirarle a los ojos:

–En el Castillo de Grim.

–¿Cómo? –exclamó el trol–. ¿El Castillo de Grim? ¡Rómpeme los huesos...!

Oí cómo se golpeó repetidamente con las manos en la cabeza y entonces abrí los ojos con cierta curiosidad. Herbert me había contado muchas veces que los troles eran incapaces de controlar su propia fuerza y pensé que este, tal vez, se mataría sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Pero seguía de pie, con una expresión confundida en su embrutecida cara. Después se quitó el casco y empezó a enderezar las torcidas antenas.

–El Castillo de Grim, ¿eh? –refunfuñó–. ¿Es eso lo que dices? El Castillo de... –se quedó quieto, mirándome fijamente con sus grandes ojos amarillos–. Escúchame –siguió–. Vas a tener que venir conmigo.

–¡Ni loco! –le contesté horrorizado, e intenté una vez más desaparecer bajo la capa de Delirius, pero tampoco esta vez funcionó.

–¿Acaso quieres que te machaque los huesos? –gruñó el trol–. ¡Haz lo que te digo!

Esta vez no contesté. En fin, qué poco arte tiene el viejo Delirius con sus inventos mágicos.

–Vendrás conmigo –rugió el trol–, lo quieras o no.

Y antes de que pudiera decir nada, me cogió bajo un brazo y saltó por el ventanal.

Cerré los ojos y grité.

Entonces ocurrió algo extraño, porque en lugar de caer al suelo y matarnos, aterrizamos sobre un suelo firme. Y cuando abrí los ojos me di cuenta de que me encontraba en la cubierta de un barco. «¿Un barco?» me preguntaréis ahora, y os lo vuelvo a decir: «eso es, un barco». Ahí me encontraba yo, en la proa de un buque volador que estaba suspendido en el aire junto a la torre, en medio de la tormenta.

CAPÍTULO I

LA LLAVE

Cuando el tren llegó a la estación, abordamos el último vagón y nos acomodamos en un compartimento tapizado en terciopelo rojo. Era una reliquia con una decoración profusa, aunque los paneles de madera del techo desprendían un ligero olor a moho. Aún había sitio para otros dos pasajeros y mirábamos a la puerta cada cierto tiempo, preguntándonos quiénes serían nuestros compañeros de viaje. Después de unos minutos, un anciano de apariencia frágil entró por la puerta.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondí—. ¿A dónde se dirige?

—No lo sé —dijo el anciano, fijó su mirada en nosotros y se echó a reír—. ¿Y ustedes? Son recién casados, ¿no?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Emilia con una sonrisa titubeante.

—No lo sabía... Pero ahora, lo sé.

Las palabras salieron de su boca como un susurro, justo en el momento en que se anunciaba la salida del tren. Emilia abrió la ventana, se asomó y vio los edificios de la ciudad moverse lentamente. A medida que entrábamos en la llanada, las casas se volvían cada vez más pequeñas hasta que finalmente desaparecieron por completo. Después, el anciano cerró la ventanilla y se sentó nuevamente a mi lado.

—¿Quieren que les cuente un cuento «maricuento» que nunca se acaba y ya se acabó? —dijo de repente el anciano.

—Un poco corto, ¿no cree? —dije divertido, con una sonrisa.

—¿Por qué no nos cuenta un cuento lleno de cosas maravillosas? —bromeó Emilia.

—Bueno —dijo el anciano, suspirando con melancolía—, me temo que no puedo recordar ninguna historia de ese tipo que pueda mantenerlos interesados el tiempo suficiente.

—¿Por qué lo dice?

El anciano ponderó las palabras de Emilia por unos segundos.

—¡No tengo ni idea! —respondió al fin, con una expresión de perplejidad en la cara.

—Seguro que hay alguna historia que pueda contarnos —insistí, haciéndole un guiño a mi esposa—. Aunque no haya nada maravilloso en ella.

El hombre nos miró unos segundos. Luego respiró hondo, se levantó y corrió las cortinas. Emilia buscó mi mano en la penumbra. Apenas podíamos distinguir la cara del anciano, quien, tras acomodarse en su asiento, cerró los ojos. Su rostro adquirió un brillo suave. Tomó con delicadeza entre sus arrugadas manos la llave que llevaba sujeta en un collar alrededor del cuello y comenzó la historia de la siguiente manera:

—Esto que os voy a contar no pretende ser una historia de amor, fantasía o sueños, pero si consigue arrancar una sonrisa sincera, una lágrima cristalina o una ilusión ilusa, nada habrá sido en vano.

* * *

Por primera en su joven vida, los hermanos de Cristian no iban a pasar el verano en el pueblo junto con el resto de la familia. Sin embargo, Bastel, el primo de Cristian, sí los acompañaría. Bastel tenía dieciséis años, uno más que Cristian, y era uno de sus mejores amigos. No era muy alto, pero tenía unos brazos fuertes y un cuerpo musculoso; combinaba sus rasgos toscos con una personalidad jovial y extrovertida. Siempre estaba dispuesto a ir de vacaciones con sus tíos si la ocasión se presentaba, y, naturalmente, no iba a desperdiciar la oportunidad que le habían ofrecido ese año...

* * *

—Pero —interrumpió el anciano—, ¿quizás os estoy aburriendo con tanto detalle?

—En absoluto —se apresuró a decir Emilia—. Escucharla así es estupendo. Es como un libro.

—¿Seguros?

Asentimos.

—Bien. En ese caso, continúa...

* * *

Cristian era un poco más alto que Bastel. La gente decía que se parecía mucho a su madre, y aunque uno podía confundir fácilmente su voz con la de su hermano Jon, el resto de su cuerpo hacía evidente el parecido con Santos, su padre. También tenía un curioso mechón de pelo blanco en el flequillo que le daba un aspecto singular; era un

detalle sin importancia del cual se habían aprovechado sus amigos, en más de una ocasión, para hacer chistes a su costa.

A medida que Santos aseguraba las últimas piezas del equipaje en el techo del coche, la madre de Cristian se abalanzó sobre sus dos hijos mayores para besarles por última vez.

—Venga, Gritel —se quejó Santos con una sonrisa—, sigue así y no saldremos de aquí hasta mañana.

—Cállate, que ya voy. No te habrás olvidado las albóndigas, ¿verdad?

—No, mamá... Sube al auto, por favor —dijo la hija, suspirando.

—Y acuérdate, papá, ¡conduce despacio! —añadió Jon—. No tienes ninguna prisa en llegar. Y trata de no perderte en Madrid otra vez.

—Sí, sí, sí... no te preocupes... Y tú, riega las plantas mientras los abuelos estén fuera.

—Claro que sí. Ahora, marchaos.

Santos arrancó el coche y los dos hermanos les siguieron con la vista hasta que el vehículo dobló la esquina. Como era costumbre al comienzo de cada viaje, hasta donde Cristian podía recordar, Gritel rezaba dos padrenuestros y tres avemarías en honor de San Martín, patrón del barrio, para que les protegiese durante el viaje desde Vitoria.

En aquella época, las carreteras españolas eran malas y el camino a Extremadura duraba dos días. Cuando llegaron a Madrid pasaron la noche en un hotel en las afueras de la ciudad y por la mañana se levantaron temprano para evitar el calor. A medida que avanzaban hacia el suroeste de la península, el paisaje se transformaba gradualmente en grandes extensiones de bosques y cultivos, kilómetros y kilómetros de campos secos, olivares robustos y pueblos antiguos de casas enjalbegadas. Después de las penurias de semejante viaje, con los cuerpos doloridos por los duros asientos y los incómodos colchones del hotel, se sintieron agradecidos al llegar a la última curva del camino y atisbar la familiar cruz de la iglesia del pueblo.

Pese al calor, Deleitosa bullía de actividad. Unas mujeres estaban recogiendo agua de las fuentes con sus grandes jarras de barro mientras otras iban a comprar pan o churros. Había hombres al trote sobre sus caballos y, detrás de ellos, un buen número de burros cargados con albardas y enormes cestos llenos de fruta y hortalizas del campo. El coche, que ocupaba casi todo el ancho de la calle, tenía que abrirse

paso con gran lentitud. Santos tocaba el claxon saludando a las ancianas que estaban sentadas a las puertas de las casas tratando de adivinar quién era el invasor. Esas mujeres lo habían visto crecer, pero Santos, como muchos de los jóvenes del pueblo de su tiempo, había emigrado al norte en busca de trabajo, perdiendo así parte del hilo de su propia historia. Por ese motivo, cada año reservaba varios días de las vacaciones para regresar a su pasado y caminar bajo el sol por los caminos arenosos acompañado de su inseparable bastón, sombrero de paja y, de vez en cuando, de su mujer. La ocasión le permitía disfrutar de la apacible vida campestre y olvidar la agitación que le esperaba el resto del año en Vitoria. Sin embargo, Santos también había olvidado que cada jueves había un mercadillo en la plaza. La gente venía en gran número para regatear con los mercaderes que vendían sus productos a precios razonables; era un cortés intercambio de dinero, ropa, comida y otros bienes. Cuando apareció con su coche en la plaza atestada de gente, muchos aldeanos curiosos se aproximaron para echarle un vistazo de cerca. Por suerte, uno de los mercaderes vio que Santos estaba en apuros, dejó su puesto y corrió en su ayuda. Sin mediar palabra cogió dos de las maletas más pesadas y las llevó hasta la casa.

—Muchas gracias —dijo Santos—. No tenía usted que molestarse.

—No ha sido nada.

—No me suena su cara —observó Santos—. ¿Es usted de aquí?

—No —respondió el vendedor—, soy de Cabañas del Castillo.

—¿De Cabañas? Bonito lugar. He estado allí un par de veces con mi mujer y los críos. ¿Le apetece tomar luego una copa de vino?

—No, gracias, muy amable. No puedo dejar solo a mi hermano en el puesto.

—Entonces, otro día será. Encantado de conocerle.

—Igualmente, caballero.

Después de estrecharse la mano, el hombre regresó a su puesto en el mercadillo, mientras Cristian y Bastel descargaban las pocas maletas que quedaban. Santos hizo un gesto con la cabeza a su hijo y señaló al vendedor de frutas.

—Tomad estas cuatro perras y compradle algo a ese hombre que está ahí, el que me ha ayudado con las maletas. Traed cualquier cosa que pueda valernos y, si no veis nada, algún detalle para tu madre.

Los chicos cogieron el dinero y se encaminaron hacia el puesto del mercadillo.

—Bastel —dijo Cristian mientras miraban la mercancía—, ¿qué te parecen estos manteles portugueses? Con todo el dinero que nos ha dado mi padre también nos llega para comprar algo de fruta.

—Por mí, vale.

—Disculpe —empezó Cristian, dirigiéndose al vendedor—, ¿puede darnos ese mantel, por favor?

—¿Lo quieres con fondo rojo, verde, azul o amarillo?

—¡Bah! No importa —respondió Bastel—. ¿Cuál cree usted que es el más bonito?

—Creo que el verde esperanza es el mejor para vosotros.

La voz que acababa de intervenir provenía de detrás del mostrador, ya que no era el vendedor quien había hablado. Los primos se miraron el uno al otro con sorpresa, haciendo un gran esfuerzo por contener una carcajada cuando descubrieron la espalda de un hombre que estaba mirando entre unas frutas esparcidas por el suelo.

—No os riais, muchachos —les dijo el comerciante con una sonrisa—. Es mi hermano.

—Lo siento de veras, señor. De verdad, no queríamos ofender —se disculpó Cristian. Miró a su primo y añadió apresurado—: Pues entonces, deme el verde.

—¿Algo más?

—Sí, unos melones —dijo Bastel.

—De los maduros —añadió Cristian.

—Toda la fruta que tengo está madura —protestó la voz ronca que venía del suelo mientras el vendedor ponía dos hermosos melones en la báscula.

—Eh... muy bien —masculló Cristian, enseñándole las monedas—. ¿Nos llega con esto?

—Sí, desde luego. Pero esperad un segundo, chicos. —El vendedor estudió sus caras por un momento y luego añadió en voz baja—: Voy a haceros un pequeño regalo. Tengo aquí una llavecita que hace años colgaba de una cadena. Un hombre nos la dio hace mucho tiempo y nos dijo que se la entregara a un chico con un mechón blanco en el pelo. Y tú tienes uno...

–Bueno –respondió Cristian lentamente, mirando a su primo–, no sé... me siento un poco...

–Cógela, Cristian –animó la voz del tendero, que de repente se volvió solemne y autoritaria–. Ponla en esa cadena que tienes alrededor del cuello y no te la quites jamás, a menos que sientas la necesidad de regalarla... a otra persona.

–Bueno, gracias. Yo... no sé qué decir –dijo Cristian en voz baja. Se sentía como si hubiese aceptado alguna gran responsabilidad, pero sin saber exactamente el cómo o el porqué.

–No digas nada... y no te olvides del mantel –le recordó el vendedor.

Los primos volvieron a casa.

–¿Te das cuenta de que ese hombre sabía tu nombre? –preguntó Bastel.

–Sí, probablemente se lo escucharía a mi padre o a mi madre.

Bastel frunció el ceño, pero decidió olvidar el asunto y asintió.

–Bueno, ahora vamos a echarle una mano a los tíos. Ya deben estar preguntándose por qué tardamos tanto.

CAPÍTULO I

AURELIO

Aurelio Benavente cerró la puerta de su casa, bajó las escaleras y salió a la calle. Mientras caminaba pensó, por segunda vez aquel día, que la ciudad ya no era suya. La acera, que hasta aquel momento había considerado una propiedad indiscutible, ya no le pertenecía. No era suyo el parque que tuvo que cruzar para llegar a la catedral, y las personas que encontró en el camino tampoco lo eran. Esas caras... Ya no le producían más que indiferencia, a pesar de que hasta hacía poco habían significado todo para él. La sensación resultaba un tanto graciosa, como el efecto de una broma absurda, pero a la vez estaba mezclada con cierta inquietud. ¿Dónde iría ahora? Nunca le había interesado ningún otro lugar. Además, hacía falta tiempo para dominar un entorno. Esta ciudad no había sido suya al principio; eso llegaría más tarde. Se le había metido bajo la piel lentamente. Y ahora, nada. Nada de nada. Aun así, se preguntó, ¿le parecía más un alivio que una pérdida?

Al cruzar el parque, Aurelio vislumbró un abrigo oscuro y reconoció el tenso y decidido caminar del Extranjero. Pensó que era el hombre que necesitaba para un día como aquel, y apretó el paso hasta alcanzarlo.

El Extranjero sonrió levemente cuando lo vio y se paró a la altura de la fuente para estrecharle la mano.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó Aurelio sin querer soltar la mano del Extranjero.

—Pues sí —contestó el otro, escrutando la cara del joven con sus ojos oscuros.

—Iba a la catedral —informó Aurelio entusiasmado como si al otro le importara.

—¿La catedral? ¿A qué?

—Nada, sólo iba a... —comenzó Aurelio sin saber cómo continuar la frase, así que optó por mirar evasivamente al pavimento—. Ya sabes...

El Extranjero parecía desconcertado, pero no habló.

—Nada, nada —continuó Aurelio, apurado—. ¿Te apetece una copa?

El Extranjero hizo un gesto para mirar el reloj, se dio cuenta de que no lo llevaba puesto y volvió a mirar a Aurelio.

–Supongo que un trago no me vendría mal.

El bar estaba vacío, pero el soñoliento camarero apenas movió la cabeza al oírlos entrar. Pidieron un par de vinos y se sentaron en una pequeña mesa del salón interior.

–¿Qué has estado haciendo últimamente? –preguntó Aurelio.

–No mucho –contestó el Extranjero evasivamente, con la mirada puesta en la roja bebida–. Morirme, básicamente.

–¿Morirte? –preguntó Aurelio.

–Sí. ¿No es eso lo que siempre hacemos?

–Bueno, viéndolo así, supongo que tienes razón.

–No existe otro modo de verlo. Cada bocanada de aire es una menos del número total que se nos ha concedido.

Aurelio miró la cara del Extranjero, pero no descubrió ninguna señal de que el otro estuviera bromeando y decidió dejar el tema. El Extranjero tenía unos años más que él, aunque no los aparentaba, y poseía la mala costumbre de hacer que sus comentarios sonasen definitivos. Quizá, pensó Aurelio, era por culpa de su acento. Venía de algún país del centro de Europa, una república que se había formado tras la división política más reciente del continente, y aunque ya llevaba unos cuantos años en la ciudad, su castellano seguía bastante contaminado por la pesada herencia fonética de su lugar de origen.

Aurelio había conocido al Extranjero en un bar que ambos frecuentaban los jueves por la noche, el Refugio del Caballero. Era un lugar «clandestino» para intelectuales, o por lo menos eso era lo que decía la gente, y aunque Aurelio no se consideraba excesivamente intelectual, le gustaba la idea de ser un habitual de un establecimiento con semejante fama. Ahora que lo pensaba, el Extranjero tampoco le había parecido nunca una persona con demasiado interés por la cultura. Normalmente se limitaba a sentarse en un rincón oscuro con una expresión indiferente, tomándose una cerveza y leyendo una de las revistas militares británicas que siempre llevaba bajo el brazo, fuese donde fuese. En cualquier caso, lo que le había llamado la atención a Aurelio no era tanto las revistas en sí, aunque bien es cierto que las consideraba bastante excéntricas, sino el tatuaje que tenía grabado en el revés de la mano. Era un símbolo pequeño y ondulado, no mucho más grande que la uña del pulgar: tres líneas paralelas, con extremos ondulados.

En su primer encuentro, Aurelio se había sentado al lado del Extranjero sin pedir permiso, como hace la gente cuando se encuentra bajo los efectos del alcohol, y le había preguntado alguna cosa acerca del tatuaje. El Extranjero se había levantado de la mesa sin mediar palabra, abandonando la taberna con rostro serio. Cuando se vieron el siguiente jueves por la noche, intercambiaron cordiales inclinaciones de cabeza y conversaron un poco sobre la baja calidad de la cerveza. Aquello sorprendió a Aurelio, quien había pensado que el extraño personaje no quería tener nada que ver con él, y una semana más tarde se aventuró a comentar al Extranjero que le interesaban los castillos medievales. La afirmación debió de tocar una vena pasional en el otro, porque se lanzó a pronunciar una disertación muy documentada acerca de las fortalezas rurales en su país natal, que duró hasta altas horas de la madrugada. Fue así como habían llegado a conocerse, y aunque Aurelio seguía sin saber nada acerca del tatuaje, sí había descubierto en el Extranjero a una persona erudita e inteligente, capaz de aportar comentarios relevantes y consejos valiosos. Esa era la razón por la cual había cambiado sus planes de ir a la Catedral al divisar en el parque el abrigo negro de su singular amigo.

—Tengo un problema —dijo al Extranjero, quien levantó la mirada lánguida de la copa, con una sonrisa vagamente escéptica.

—¿Me va a interesar? —preguntó.

—Puede que sí —contestó Aurelio con una risita nerviosa. Apartó la mirada del rostro duro y crítico del otro hombre y la dejó volar errática sobre los múltiples objetos de decoración que cubrían las paredes, hasta que la detuvo sobre un hombre mayor, barbudo, que acababa de sentarse en una mesa detrás del Extranjero—. Se trata de algo relacionado con la muerte. La muerte en medio de la vida.

—¿De verdad? —replicó el Extranjero secamente—. De acuerdo, adelante, pero no esperes demasiada empatía por mi parte si es que pretendes hablarme de la muerte de gente joven o algo por el estilo.

Aurelio le miró con una expresión entre sorprendida y fascinada.

—¿Por qué crees que quiero hablarte de la muerte de gente joven?

—Supongo que no te referías a la nigromancia cuando has dicho «la muerte en medio de la vida».

—¿La nigromancia? —Aurelio esbozó una sonrisa melancólica—. No, creo que no. Se trata de la muerte, la vida... Ya sabes, cosas de religión y...

El Extranjero le miraba con sus ojos oscuros a través del cristal de la copa.

—Veo que tienes algún tipo de problema con la idea de la muerte. Permíteme decir que eso es muy vulgar. Todo el mundo lo tiene, por eso existen todas esas religiones hipócritas. Si de verdad te interesa hablar del tema, puedo concederte un rato más de mi tiempo, pero, como ya te he dicho antes, no esperes demasiada empatía por mi parte.

Aurelio había confiado en poder establecer otro tipo de conversación, una que le sirviera para explicar, en pocas palabras, la agri dulce sensación de desarraigo que se había apoderado de él; un modo libre y fluido en el que el Extranjero le escuchara sin burlarse. Juzgando por cómo se presentaban las cosas, esto no iba a ocurrir, pero Aurelio seguía sintiendo la necesidad de expresarse, aunque fuera con palabras torpes, y decidió persistir en su intento.

—Bueno —dijo—, sé que tal vez no te interesa, pero hoy, hace veintitrés años, mis tíos se mataron en un accidente de tráfico. Se habían casado poco antes. Yo solo tenía cuatro años cuando ocurrió y apenas recuerdo nada de aquello, pero por alguna razón, no sé... me ha marcado. Siempre me he preguntado cómo hubieran sido de haber vivido, si hubieran tenido hijos, cosas así. Y esta mañana me he despertado con una sensación nueva y extraña. —Aurelio observaba las facciones del Extranjero al otro lado de la mesa. No encontró ningún rastro de burla en su mirada y continuó, un poco más seguro de sí mismo—: El caso es que ya no considero este lugar como mi casa.

—¿Qué lugar? —preguntó el Extranjero.

—Este lugar —respondió Aurelio, extendiendo los brazos—. La ciudad, las calles, los edificios... De repente, ya no me importan. Y me parece extraño que esto ocurra justo en el día que mis tíos se mataron. No sé, pero... ¿Crees en fenómenos paranormales? ¿Que existe la posibilidad de que los muertos puedan comunicarse con nosotros? Creo que tal vez esto sea un mensaje suyo, una señal o algo. —Aurelio miró expectante al Extranjero, pero la expresión del otro no había cambiado—. Soy consciente de que lo que digo puede parecer un poco raro. Supongo que hay explicaciones más racionales. Mis amigos dicen que me comporto de un modo extraño desde que quedo con una chica de la parroquia, Patricia. Ella es tan... bueno... —titubeó, con otra

risita nerviosa—. En fin, creo que estoy enamorado. El problema es que ella aún no lo sabe. He intentado decírselo varias veces, pero no creo que se haya dado cuenta.

El Extranjero seguía sin decir nada y el silencio animó a Aurelio.

—Iba a la catedral cuando te vi en el parque. ¿Te gustaría acompañarme? Sé que no es tan antigua como la otra, la del casco viejo, pero quizá nos pueda inspirar para hablar de... bueno, yo qué sé, de cualquier cosa. Las cosas que la religión puede aportar a la socie...

—Tengo que irme —le cortó el Extranjero con brusquedad.

Aurelio se puso rápidamente en pie, invitando al otro con un gesto de la mano a quedarse, pero el Extranjero ya se había levantado.

—Gracias por el vino —dijo secamente y dio la espalda a Aurelio—. Ya nos veremos.

—No, por favor, espera. Lo siento. Siéntate, por favor. Te pediré otra copa.

Ya era tarde. El Extranjero sacó su paraguas del paragüero con un tirón impaciente y Aurelio le escuchó mascullar algo entre dientes antes de cerrar la puerta tras de sí. Se sentó de nuevo junto a la mesa, toqueteando la copa con dedos indecisos. Lo que había tomado como una señal de un auténtico y concentrado interés en el otro en realidad había sido rabia contenida, un alarde de paciencia puesta a prueba. Estaba claro que había quedado como un imbécil. Siempre le ocurría, desde que era niño. Cada vez que pensaba que de verdad conocía a alguien, en el momento menos oportuno forzaba los límites de su confianza y acababa quedándose solo. Aurelio no dejó de compadecerse mientras andaba hacia la catedral. Los exámenes que había suspendido en junio le habían resultado igualmente imposibles de aprobar en septiembre, y un nuevo año académico se aproximaba a pasos agigantados. Mientras pensaba en ello, se dio cuenta de que su propia existencia era justo eso; una repetición sin sentido. No había progreso en su vida.

Cuando llegó a las puertas automáticas de la catedral creyó oír que alguien lo llamaba y se dio la vuelta para ver de quién se trataba, pero no vio a nadie; no había más que árboles al otro lado de la calle. Entró en el enorme edificio y continuó por el pasillo hacia el retablo. Se sentó en uno de los bancos con una sonrisa melancólica. Después de un rato sacó su cartera y extrajo una fotografía vieja y arrugada en la

que aparecían dos hombres y una mujer delante de una pequeña iglesia o ermita. Uno de los hombres era mucho mayor que el otro y llevaba ropajes que parecían muy antiguos, incluso para los años setenta, que era la época de la que databa la fotografía. El joven que estaba a su lado tendría unos veintitantos años y miraba fijamente a la cámara. Tenía las mejillas coloradas y llevaba las patillas espesas e indomables. La mujer tendría más o menos la misma edad que su marido. Llevaba un vestido setentero, del estilo que, según la madre de Aurelio, había sido popular durante los primeros años después de la muerte de Franco. Era muy guapa, y aunque no sonreía, uno podía apreciar que era una persona buena y cariñosa, o por lo menos eso era lo que Aurelio pensaba. Eran sus tíos. El viejo, en cambio, era un desconocido, y la foto siempre le había intrigado. La madre de Aurelio, harta de su insistencia, se la había dado, pero siempre eludía el tema cuando él preguntaba por las circunstancias que rodeaban la escena. Decía que ella tampoco sabía quién era el hombre mayor. A Aurelio le daba la impresión de que a su madre no le importaba el asunto, lo cual había sido un motivo frecuente de discusiones entre los dos; a fin de cuentas, se trataba de su hermano, el tío de Aurelio, y él tenía derecho a saber.

La única cosa que ella recordaba con certeza era que la fotografía había sido sacada unos días después de la boda de su hermano, en el viaje de novios. El hecho de que así fuera siempre había producido una fuerte sensación de melancolía en Aurelio. En la fotografía, sus tíos acababan de empezar una vida juntos, y aunque no sabían exactamente cómo iba a ser esa vida, seguramente pensarían que sería larga y feliz. Quizá pensaban en tener hijos. Sin embargo, no conocían el cruel destino que terminaría con todos sus sueños tan solo un año más tarde. Era eso lo que producía tanta agitación en Aurelio; consideraba que la fragilidad de la condición humana, el hecho de que no se podía dar nada por seguro, las vanas esperanzas que podían desaparecer de la faz de la tierra en cuestión de segundos, eran el principal componente de la tragedia del ser. Y hoy había recibido un aviso. Su lugar predilecto, la ciudad donde había crecido y las piezas que la constituían, ya no eran una garantía de felicidad.

Aurelio cerró los ojos y rezó, acariciando la fotografía con sus dedos. Al terminar, se sintió un poco incómodo. Se levantó del banco,

santiguándose rápidamente, y después se dirigió a la salida con pasos rápidos.

En la calle había empezado a llover y la llegada de la noche ya estaba desdibujando el contorno de los árboles del parque.

—El otoño —murmuró Aurelio para sí—. Ya está aquí.

CAPÍTULO II

EL REFUGIO DEL CABALLERO

El Extranjero estaba desquiciado cuando salió del bar. No quería admitirlo, pero la mera sugerencia de visitar la catedral le había provocado una extraordinaria repulsa. Por razones obvias, la idea de hallarse entre los vestigios de una ideología hipócrita de falsas virtudes no le agradaba, y el bobo de Aurelio, con su bochornosa charla romanticona, propia de un adolescente, y sus absurdas ideas hollywoodenses sobre fantasmas, no había hecho sino empeorar el asunto. El Extranjero era un hombre gobernado por sus propios criterios, y la idea de verse involucrado en actividades vulgares, ya fueran pensamientos, palabras o acciones, le hacía perder la paciencia. En su universo no había lugar para devociones religiosas, pasatiempos sin sustancia o conversaciones triviales. Era un hombre ocupado, destinado a realizar grandes obras que dejarían al mundo fascinado y maravillado. La única duda que tenía era en qué especialidad se desenvolvería mejor. La historia, las ciencias naturales, la filosofía, el arte, la literatura medieval... todo ello le interesaba intensamente y estaba seguro de que sería capaz de sobresalir en cualquiera de estas disciplinas con tal de dedicarle el tiempo suficiente. Su problema era que le interesaban demasiadas cosas a la vez, y no quería renunciar a ninguna de ellas por destacar en otra. Ya era hora de que encontrase su verdadera vocación, la que le llevaría a la gloria, porque hacía ya mucho tiempo que era consciente de sus poderes. De hecho, los conocía mucho antes de abandonar Eslovaquia, años antes, aunque era cierto que su intelecto se había vuelto más refinado durante su estancia en España.

Cuando se subió al tren con destino a París, pensó que lo que necesitaba era tiempo para estar solo; y quizá fueran las largas horas dedicadas a la introspección las que habían abierto la puerta que dejó entrar ese nuevo modo de sentir las cosas, infinitamente más sofisticado y poderoso. Ahora, a sus treinta años, ya consideraba que la mayor parte de los libros que leía eran obras para niños, fáciles de mejorar. Sentía que había llegado al cénit de sus posibilidades, pero todavía estaba inseguro de su verdadero propósito en la vida, y eso le estaba minando la paciencia.

El Extranjero ya estaba subiendo las resbaladizas escaleras que conducían al casco antiguo de la ciudad, cuando oyó las campanadas de la primera de las cuatro iglesias que anunciaban la hora a la vecindad. Todavía eran las ocho. Se paró en medio de la escalera. Ahora recordaba que había estado caminando hacia la Biblioteca Secreta cuando Aurelio le paró en el parque. Alternando maldiciones relativas a su propia distracción y a la estupidez de Aurelio, bajó los seis escalones que había subido un momento antes, y unos minutos más tarde llegó al lugar conocido como El Refugio del Caballero. El establecimiento estaba situado en un callejón sin salida, cerca del centro, pero resguardado de sus ruidos en el sótano de un viejo bloque de pisos. La pesada puerta se cerró con un golpe sordo cuando entró, y un par de caras conocidas se giraron para contemplar al recién llegado.

—Señor Stefeov, qué agradable sorpresa —dijo Giuseppe, el italiano, que estaba sentado en una butaca junto a la chimenea, que alumbraba parte de la sala con una luz suave y rojiza—. Debe de tener un asunto muy importante entre manos para venir tan pronto.

—En absoluto —contestó el Extranjero con un leve tono de desdén apenas reprimido; el adulador Giuseppe siempre le había caído mal—. He venido a ver un par de libros, eso es todo.

—¿Abajo?

—Sí no es mucha molestia.

—Claro que no.

Giuseppe era un hombre de mediana edad, cuyos rasgos más llamativos eran una brillante calva y un par de finas cejas curvas, todavía muy oscuras, que al Extranjero le recordaban un poco a víboras recién nacidas. Se encaminaron a la sala interior, donde unos hombres y mujeres fumaban en silencio, y Giuseppe abrió una puerta empapelada con recortes de diferentes periódicos europeos. A continuación, sacó una vela del bolsillo de su anticuado chaleco, y se la entregó al Extranjero con una sonrisa de complicidad.

—Tómese el tiempo que necesite.

El Extranjero agradeció el gesto con la cabeza, encendió la vela y bajó por las empinadas y estrechas escaleras hacia la oscuridad que le esperaba al pie de las mismas. No había luces eléctricas en el sótano, y tanto las paredes como el suelo eran de piedra sólida. Giuseppe, quien llevaba veinte años estudiando la historia de la ciudad, le había

contado que el edificio estaba construido sobre los restos de un castillo medieval, y que la Biblioteca Secreta se hallaba en lo que había sido el laboratorio de un alquimista. No resultaba difícil imaginarlo. Las viejas paredes de piedra estaban manchadas y erosionadas, tal vez debido al resultado de experimentos poco gratificantes que habían terminado en explosiones, y el desigual suelo estaba lleno de marcas e inscripciones. El techo estaba inclinado, como si se hubiera colapsado parcialmente.

El Extranjero avanzó entre las sobrecargadas estanterías que llenaban la biblioteca y colocó la vela en un candelabro que le esperaba sobre una mesa al fondo de la sala. Venía en busca de un libro muy especial, un original sin copias conocidas, y sabía exactamente dónde encontrarlo. En otras ocasiones lo había hojeado con la nostalgia propia de un expatriado voluntario, ya que el texto trataba sobre su tierra de origen. Sin embargo, la noche anterior, justo cuando estaba a punto de recoger sus cosas para volver a casa, había descubierto algo en él que le llamó poderosamente la atención. Necesitaba leerlo de nuevo para comprobar que no había sido una alucinación fruto del cansancio o de su propia imaginación.

Sacó el viejo volumen de una de las estanterías, y lo abrió en la página donde había dejado como señal una tarjeta postal. Era un diario del siglo XVIII, escrito por un viajero francés. La parte del diario que le interesaba al Extranjero trataba sobre la visita del francés a una aldea situada en unos bosques cercanos a la actual frontera entre Eslovaquia y Austria. El capítulo en cuestión empezaba con una descripción detallada y, desde el punto de vista del Extranjero, un tanto aburrida, de las principales ocupaciones y el aspecto de los aldeanos, y seguía, con la misma tediosa minuciosidad, con el retrato de las estructuras arquitectónicas durante unos cuantos interminables párrafos más. El Extranjero ojeó el texto con creciente impaciencia, pensando que su subconsciente le había jugado una mala pasada, pero un par de páginas más adelante encontró lo que buscaba y empezó a leer:

Probablemente no recordaría la aldea con tanto detalle de no haber sido por un incendio que arrasó el poblado la noche siguiente a mi partida, que me obligó a regresar para inspeccionar los daños. Cuando llegué a los restos humeantes de las casas, me enteré de que el fuego había acabado con todos los aldeanos salvo uno. El irónico destino quiso que la misma empalizada que habían levantado para

protegerse de los peligros de la noche, les impidiera escapar de las llamas. El único superviviente, un trampero que había conseguido escalar la empalizada, se convirtió en el principal sospechoso de haber iniciado el fuego, y poco después fue condenado a muerte.

Me quedé unas semanas en Malacky, la ciudad más cercana, para presenciar la ejecución, pero cuando llegó el día del acontecimiento, el trampero se había fugado de los calabozos. Por muy inverosímil que pareciera, una vez más había conseguido burlar la muerte en el último momento.

No es más que una anécdota trivial, pero mientras escribo estas líneas me encuentro en un oscuro e inhóspito camino que, a su debido tiempo, me llevará a la carretera principal que conduce a Viena, y no soy capaz de apartar a aquel trampero de mi mente. Lo entrevisté el día anterior a la tragedia, y mientras me enseñaba sus pieles no pude apartar los ojos de un extraño tatuaje que llevaba en la mano: tres líneas que corrían paralelamente hacia sus curvados extremos, impregnadas en aquella rugosa piel con un aire ancestral y siniestro.

Durante el juicio, el tatuaje fue utilizado como prueba de su pacto con el diablo, aunque el trampero juró que era una marca de nacimiento. Tanta más razón para aborcarlo, dictaminó el juez. No soy supersticioso y pienso que el tatuaje probablemente no sea más que una coincidencia, pero debo reconocer que resulta un tanto perturbador que el hombre que llevaba aquel símbolo en su piel no solo fuera el único superviviente del devastador fuego, sino que también el primero en escapar de los calabozos de Malacky. El camino en el que ahora me encuentro es una ruta poco transitada y he dado órdenes estrictas al cochero de no parar ante ningún hombre, lleve o no marcas extrañas en la piel.

El Extranjero dejó caer la mirada hacia su propia mano y siguió las familiares curvas de la marca con sus ojos. Nadie se lo había explicado nunca. Según su madre, no era más que «una desafortunada marca de nacimiento» que debía esconder, aunque nunca supo explicar por qué, y su padre siempre eludía el tema cuando el Extranjero le preguntaba sobre ella. Sin embargo, a pesar de la reticencia de sus progenitores a hablar del tema, el Extranjero siempre se había percatado de que había algo oscuro y violento que hervía en su sangre; algo que las centenarias ramas del árbol genealógico de su familia, plagadas de abogados y cerveceros, no eran capaces de explicar. Y ahí, saliendo de las páginas de un antiguo diario, aparecía un trampero que se había esfumado en circunstancias misteriosas después de prender fuego a una aldea, muy cerca de su pueblo natal. El «tatuaje» de aquel hombre

verificó las intuiciones que habían acompañado al Extranjero desde que era un niño, y que nunca había tildado de ilógicas o románticas. El episodio con el trampero dotó a aquella «desafortunada marca de nacimiento» de una dimensión infinitamente más intrincada y seductora que la trivial versión de su madre.

El Extranjero guardó el libro en uno de los bolsillos de su abrigo y cogió la vela del candelabro. Mientras se dirigía hacia las escaleras, una gran satisfacción quedó reflejada en su rostro, parcialmente iluminado por la débil llama de la vela; la sonrisa, inusualmente amplia, hizo que sus grandes dientes quedaran grotescamente expuestos. En aquel momento, el señor Stefeov habría sido irreconocible hasta para las personas que mejor le conocían.

CAPÍTULO III

LA MARCA

La noche del día siguiente, el Extranjero llegó a El Refugio del Caballero a la hora de costumbre, poco antes de las doce. Quería consultar a Giuseppe sobre el diario del francés, pero el italiano estaba ocupado, hablando con un conservador-restaurador de libros del archivo municipal. El Extranjero había conocido al conservador hacía algún tiempo y como lo despreciaba por su amanerada forma de ser, decidió esperar en su rincón habitual hasta que el hombre dejara a su anfitrión. Cogió la copa que el camarero le tendía y la llenó con el vino de un barril que aguardaba su llegada en un recoveco al lado de su mesa. Después, tomó asiento.

El Extranjero era un huésped respetado en el establecimiento y podía elegir a su antojo la mesa donde sentarse, incluso si estaba ocupada. Gozaba de aquel inusitado respeto que uno se gana a base de silencios en los momentos adecuados, y durante los cuatro años que llevaba frecuentando la taberna, había llegado a adquirir un estatus parecido al de un venerable personaje, más ilustre incluso que el propio Giuseppe. Era ridículo: a primera vista podría parecer que la clientela estaba ocupada en sus conversaciones, pero él sabía que con un simple gesto de la mano tendría la atención de toda la sala puesta en él en cuestión de segundos. Sin embargo, ¿de qué le servía la admiración de aquellos cretinos?

La mirada del Extranjero recorrió la taberna como la de un ganadero que evalúa la calidad de su rebaño. En la mesa más cercana a la suya, el bibliotecario de un pueblo costero hablaba sobre los múltiples ángulos de refracción de Gide con un joven doctor de la Facultad de Filología que investigaba la herencia de Thomas Mann en tres escritores posmodernistas, salidos de las filas de los inmigrantes alemanes en Argentina. El mero hecho de conocer la existencia de semejantes absurdos le daba lástima. La culpa era de Giuseppe, claro está. El italiano tenía la mala costumbre de presentarle a toda esa prole de idiotas una vez que les hubiera otorgado la calificación de «asiduos». En El Refugio del Caballero no eras un asiduo por el mero hecho de acudir al lugar y tomarte una copa con cierta frecuencia; y tampoco significaba que el tabernero te daba derecho a crédito. En el sentido

que el italiano atribuía a la palabra, ser un asiduo significaba ocupar el primer escalón en la jerarquía intelectual del establecimiento, que, según sus criterios, estaba «reservada a estudiosos sobresalientes con un interés manifiesto por los libros y la literatura». Quería decir que estabas un peldaño por encima de tipos como Aurelio, que solo venía a la taberna a pasar el rato, y que tenías derecho a consultar algún libro de la Biblioteca Secreta. Desde hacía dos años, un huésped no se convertía en asiduo con todos los derechos hasta que Giuseppe no le llevaba a la mesa del Extranjero. De esta forma, el italiano presentaba el candidato al Extranjero, hablándole primero de las investigaciones, aptitudes y ocupaciones del personaje en cuestión, para después dirigirse al candidato y mencionarle el campo de estudio del Extranjero, siempre en tono misterioso y confidencial. Una vez superada esta fase, le llegaba el turno al ya asiduo, que podía aprovechar la ocasión para formular alguna pregunta. Era un rito de iniciación por el que todo aquél que aspirase a ser miembro de la clientela más selecta de El Refugio del Caballero tenía que pasar.

Hacía bastante tiempo que el Extranjero se había dado cuenta de que todo eso no tenía nada que ver con un sincero reconocimiento a un brillante intelecto, como había pensado en un principio. Los rumores sobre la presencia de un misterioso y taciturno extranjero, involucrado en unas investigaciones poco comunes sobre los aspectos ocultos de la campaña española de Napoleón, atraían a muchos curiosos y daba prestigio al local. Como decía Giuseppe en su torpe inglés, «business is business». Era cierto que los asiduos, una vez presentados, por lo menos le dejaban en paz, pero una de las consecuencias de esta especie de leyenda urbana que el tabernero se había esforzado en forjar en torno a la figura del Extranjero era que tipos inoportunos como Aurelio aparecieran ocasionalmente para hablarle de asuntos sin importancia. Desde luego, consideraba que ya había tenido que soportar bastantes sufrimientos de este tipo como contraprestación al acceso a los libros de Giuseppe, y a pesar de que el italiano había dado órdenes estrictas al camarero de no permitir que nadie le molestara, últimamente no podía sentarse en el salón de fumar, o en la sala común, más de diez minutos seguidos, antes de ser interrumpido por alguna lastimosa e impertinente manifestación de las vulgares mentes que lo rodeaban.

—Menuda pandilla de imbéciles... —susurró para sí mientras sacaba el último número de la revista *Guns & Ammo* del bolsillo interior de su abrigo. La abrió por una página señalada con un marcapáginas de marfil cuyo fino relieve mostraba las muecas de dolor en un rostro de rasgos africanos. Sin embargo, no podía concentrarse en el artículo de la revista. Tal y como había sucedido la noche anterior, sus pensamientos se desviaron irremediamente hacia el diario del francés y se puso a pensar en los argumentos que debía utilizar para convencer a Giuseppe de su importancia para la investigación que estaba realizando. Era cierto que determinados aspectos de la campaña española de Napoleón habían formado parte de su enfoque inicial, cuando empezó a consultar los libros del italiano, pero las cosas habían cambiado y ya no sentía la necesidad de comunicar el nuevo campo de investigación a nadie, ni tan siquiera a Giuseppe. Sin embargo, utilizar la Biblioteca Secreta tenía un precio. Todos los meses, el Extranjero debía informar al italiano sobre los progresos de su investigación, y esto le obligaba a repasar las anotaciones del emperador acerca de los pactos, los tratados e incluso los interrogatorios a guerrilleros locales, en un archivo que contenía facsímiles de apuntes que habían sido confiscados por oficiales españoles e ingleses durante la guerra. Por ello, cada cierto tiempo se veía obligado a inventarse algún dato novedoso más o menos verídico que diera crédito a sus progresos, lo cual le distraía de su verdadera labor. Esto, sumado a la poca intimidad que el establecimiento le ofrecía, hacía que cada vez acudiese de forma más esporádica a El Refugio del Caballero. Para compensar la voluntaria falta de acceso a la biblioteca se había llevado a casa unos cuantos libros «prestados» sin que Giuseppe lo supiera, y había dedicado las últimas semanas a leer y tomar notas en su ático hasta que amanecía. Se había convertido en una criatura nocturna que se acostaba con los primeros rayos del sol y se levantaba cuando caía la noche. Desgraciadamente, todos sus esfuerzos habían sido en vano. Los libros no le habían proporcionado la información que él buscaba, y últimamente se sentía más frustrado que nunca. Sin embargo, cuando descubrió el diario del francés dos días antes, un destello leve pero revelador había iluminado una parte de las oscuras cámaras subterráneas donde habían morado sus ancestros, presos del olvido, durante

tanto tiempo. Ahora ya no buscaba pequeños destellos, sino antorchas o incluso hogueras si fuera preciso; cualquier fuente de luz con la potencia suficiente para dispersar las sombras de una vez por todas y revelar la grandeza de su herencia.

—Buenas noches —se oyó la servil voz de Giuseppe.

El Extranjero levantó la mirada de la revista con el ceño fruncido. Todavía no había encontrado un solo argumento convincente para relacionar los acontecimientos dieciochescos ocurridos en su tierra con las campañas de Napoleón cien años más tarde, lo cual era un requisito indispensable para solicitar más información sin levantar sospechas. En resumidas cuentas, no estaba preparado para satisfacer la curiosidad del italiano si empezaba a realizar preguntas incómodas, pero al comprobar que Giuseppe venía acompañado del conservador de libros, supo que no iba a tener que hablar del tema.

—Permítame presentarle a Bittor Garmendia —continuó el italiano con una pequeña mueca que el Extranjero reconoció como su desagradable forma de sonreír. Odiaba esa sonrisa, especialmente en ocasiones como aquella, cuando estaba claro que el tabernero era consciente de que estas presentaciones suponían un verdadero tormento para él. Sin embargo, iba a necesitar su ayuda con el manuscrito y no podía permitirse el lujo de despacharles sin más, de modo que reprimió el impulso de borrar la sonrisa del italiano con un comentario ácido y consiguió reunir la suficiente energía para levantarse y estrechar la mano del otro.

—Encantado de conocerle, señor Garmendia.

—Ah, ¿pero es que no se acuerda? —preguntó Garmendia sorprendido, sin soltarle la mano—. Tuvimos una conversación de lo más interesante hace poco, y además en esta misma mesa. —Se dirigió a Giuseppe—. Este hombre tiene unos conocimientos realmente sorprendentes, lo sabes, ¿no?

El italiano sonrió de tal manera que sus amarillentos dientes quedaron grotescamente expuestos.

—Todos lo sabemos —replicó—. Como bien dices, tiene un intelecto envidiable y apreciamos mucho su presencia entre nosotros cuando le da por venir. Aunque últimamente debe de andar muy ocupado, porque apenas le vemos el pelo —añadió el tabernero con un gesto rendido dirigido al Extranjero, quien le devolvió la mirada con un

intenso brillo peligroso en los ojos—. En este momento estaba sacando unas conclusiones francamente asombrosas acerca de las estrategias de combate que Napoleón empleó contra la guerrilla en los montes vascos.

—¿De verdad? —se interesó Garmendia.

El Extranjero le miró a la cara por primera vez y contestó secamente:

—Así es.

Sus ojos se clavaron en la cara barbuda de Garmendia, quien se vio obligado a desviar la mirada.

—Pues sí —continuó Giuseppe—. Quiere demostrar que las ideas de Napoleón son la base de la guerra moderna, ocultismo aparte.

Los ojos de Garmendia, que, desde que se cruzaron con los del Extranjero habían vagado en busca de un terreno menos conflictivo en que posarse, pronto descubrieron el extraño símbolo que el hombre tenía tatuado en el dorso de la mano. El Extranjero se percató y cruzó los brazos, escondiendo la marca ondulada de la mirada inquisitiva.

—Muy interesante —susurraron los gruesos labios de Garmendia.

—Bittor es el responsable de la sección del archivo histórico municipal que se ocupa de catalogar los textos escritos antes del siglo XV —declaró Giuseppe—. Ha venido esta noche para hablarnos de un manuscrito que tal vez podría interesarle, Señor Stefeov. Es muy antiguo y además contiene algunas descripciones sobre técnicas de guerra del siglo XIII.

—Así es —afirmó Garmendia nervioso—. Habla de unas tropas extranjeras que asaltaron Abendaño, uno de los primeros asentamientos de esta ciudad. Incendiaron las casas y mataron a todos los habitantes salvo una mujer y su hijo pequeño, que buscaron refugio en la ermita que hoy día es parte de la iglesia del barrio de San Martín. El manuscrito está basado en el testimonio que la mujer relató a unos monjes algún tiempo después. Al parecer, por alguna razón inexplicable los agresores no pudieron entrar en la ermita para matarla, y tampoco consiguieron quemar el edificio. Debo confesar que estoy muy ilusionado con el texto. Sabíamos, por supuesto, que Abendaño fue destruido a principios del siglo XIII, pero esta nueva historia arroja una nueva luz sobre nuestros conocimientos del incidente.

—¿Cómo sabe que el manuscrito es auténtico? —preguntó el Extranjero, a quien le molestaba el estúpido entusiasmo de Garmendia.

—Varias autoridades más que fiables lo han estudiado escrupulosamente y todas han constatado su autenticidad. Giuseppe también.

La cara de Garmendia, ya de por sí bastante roja, se había puesto todavía más colorada al escuchar las dudas del Extranjero, pero al momento se vio de nuevo desbordado por el entusiasmo inicial y sacó una pequeña caja de madera de un maletín que hasta entonces había guardado celosamente bajo el brazo.

—Se lo he traído para que confirmase lo que yo ya sabía —afirmó con orgullo, dando unos golpecitos cariñosos a la caja—. Es un texto bello y extraño. Incluso muy extraño, diría yo, hasta el punto que sospecho que la mujer que fue testigo de los acontecimientos estaba bajo la influencia de alguna droga cuando relató el incidente a los monjes. O quizá se debiera simplemente al supuesto milagro que había presenciado. Los testigos de milagros tienden a parecer un tanto lunáticos en sus declaraciones.

—¿Qué es eso del milagro? —preguntó el Extranjero, por primera vez con un toque de interés genuino en la voz, y Giuseppe lo miró divertido.

—Al parecer —comenzó el italiano—, había en la aldea un hombre al que todos consideraban santo. Había llegado a la población en circunstancias misteriosas, y ordenó al señor de Abendaño que construyera la ermita. Murió intentando proteger a la mujer y al niño. ¿No es así, Bittor?

Garmendia asintió con la cabeza y Giuseppe continuó.

Después de matar a todos los habitantes de la aldea, incluidos el gobernador y el hombre del que decían que era un santo, los extranjeros intentaron acceder al interior de la ermita. Sin embargo, no pudieron cruzar el umbral de la puerta, a pesar de que estuviese abierta. Lanzaron flechas, arremetieron con hachas y también probaron suerte con troncos de árboles, pero todo fue en vano; la ermita estaba protegida por algún tipo de magia.

—Magia —repitió Garmendia, riéndose—. En fin, no es el misticismo lo que conforma el legado realmente valioso del manuscrito, sino los datos históricos que aporta. Verá, el texto está repleto de detalles que

posibilitan una mayor y más acertada comprensión del contexto histórico al estudioso moderno. Por poner un ejemplo, la mujer menciona que el jefe de las tropas enemigas llevaba una marca muy extraña en la mano. La describe con gran detalle. Admito que me he pasado horas pensando en el posible origen de los atacadores y pienso que el tatuaje en cuestión puede ofrecer pistas cruciales del respecto.

Garmendia sonrió tímidamente al Extranjero, quien le devolvió la mirada sin decir nada, pero con los ojos un poco más abiertos que antes, y más oscuros si cabe.

—Por favor, señor Stefeov —continuó el conservador—, disculpe mi curiosidad, pero no he podido evitar ver el tatuaje que lleva en la mano. ¿Le importaría enseñármelo?

El Extranjero levantó la mano lentamente para que el otro la examinara.

—Asombroso... —murmuró Garmendia, siguiendo las líneas onduladas con el dedo—. Se asemeja mucho a la marca descrita en el manuscrito. ¿De dónde es usted exactamente, señor Stefeov?

—De Eslovaquia —contestó el Extranjero, dominando el impulso de agarrar la mano del otro y romper el dedo que se movía con tanta impertinencia sobre su piel. La palabra «tatuaje» había encendido una repentina llama en su pecho, pero no quería actuar antes de saber que era capaz de controlar la sensación, y no se movió, ni dijo nada. Poco a poco, mientras Garmendia seguía charlando animadamente con Giuseppe sobre la increíble coincidencia, los latidos de su corazón se fueron calmando, y al final recuperaron su ritmo habitual. Sin embargo, la excitación seguía allí, aguda y punzante, del mismo modo en que el rastro fresco de una presa permanece en la nariz del depredador que lleva tiempo esperando la ocasión de saciar su hambre.